

Charles Dickens

La tienda
de antigüedades

Traducción de
Bernardo Moreno Carrillo

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Old Curiosity Shop*

Primera edición: 2014

Primera reimpresión, 2017

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard

Ilustración de cubierta: © Arcangel Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Bernardo Moreno Carrillo, cedida por Nocturna Ediciones, Madrid

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-8292-1

Depósito legal: M. 28.691-2013

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Capítulo 1

Con frecuencia paseo por la noche. En verano salgo de casa por la mañana y paso el día vagando por campos y veredas; a veces, me ausento varios días o semanas enteras. Pero, si no estoy en el campo, raras veces salgo antes del anochecer. Sin embargo, y doy las gracias al cielo, me encanta la luz del día y, como a todo ser vivo, me llena de alegría verla esparcida sobre la faz de la Tierra.

He adoptado este hábito inconscientemente porque se aviene bien con mi enfermedad y me ofrece más posibilidades de especular sobre el carácter y ocupaciones de quienes van por la calle. La claridad y el trajín del mediodía no se adaptan a este tipo de especulaciones ociosas. El vislumbre de una cara a la luz de una farola o de un escaparate conviene mejor a mi propósito que la revelación a la plena luz del día; y, si debo decir la verdad, la noche es más amable a este respecto que el día, el cual, sin la menor ceremonia ni remordimiento, destruye los castillos construidos en el aire en el momento mismo de ser terminados.

¿No es una maravilla que quienes transitan por calles estrechas puedan soportar, sin la menor impunidad, estas continuas idas y venidas, este perpetuo afanar, este incesante pisar los rudos adoquines, que quedan así lisos y relucientes? Pensemos en un hombre enfermo en Saint Martin's Court escuchando las pisadas y, en medio de su pena y dolor, obligado, a pesar de sí mismo (como un deber que cumplir), a distinguir los pasos de un niño de los de un hombre, al mendigo descalzo del dandi bien calzado, al ocioso del

trabajador, los andares cansinos de un paria sin rumbo del paso ágil de un alegre buscador de placeres; pensemos también en el runruneo omnipresente y en el torrente de vida que no se detiene, que se infiltra una y otra vez en los sueños inquietos de este hombre como si estuviera condenado a yacer, muerto pero consciente, en un cementerio ruidoso y no tuviera esperanza de descansar por siglos y siglos.

Así, cuando las multitudes pasan por los puentes (al menos por los libres de peaje), unos se detienen las tardes hermosas a mirar indolentemente el agua con la vaga idea de que esta discurre tranquila entre orillas verdes que se van ensanchando hasta que, al final, se unen al vasto y ancho mar; otros se paran a descargar sus fardos y piensan, mirando más allá del parapeto, que fumar y disfrutar de una vida ociosa tumbado al sol sobre la lona alquitranada de una barcaza lenta y perezosa debe de ser el sùmmum de la felicidad; y otros finalmente, de una clase muy distinta, dejan allí también sus fardos, mucho más pesados, al recordar haber oído o leído que, de todos los modos de suicidio, ahogarse no es el más duro, sino el mejor y más fácil.

También hay que ver por las mañanas –ya en primavera, ya en verano– Covent Garden, cuando la fragancia de las flores que impregna el aire disuelve incluso las malsanas emanaciones del desenfreno nocturno y vuelve medio loco de alegría al jilguero de plumaje oscuro, cuya jaula ha colgado toda la noche de la ventana de un desván. ¡Pobre pajarillo! Pero no es el único pequeño cautivo: unos, retrayéndose de las pegajosas manos de compradores borrachos, yacen con la cabeza gacha en el suelo; otros, asfixiados y apretujados, esperan el momento de poder respirar en compañía de humanos más sobrios y de hacer que los viejos empleados que se dirigen a su trabajo se pregunten qué es lo que llena sus pechos de tan campestres visiones.

Pero no es mi propósito extenderme sobre mis paseos. La historia que voy a contar surgió de una de estas caminatas, a las que he querido referirme a modo de prólogo.

Una noche que me había adentrado en la City, caminaba despacio, como de costumbre, cavilando sobre cosas grandiosas, cuando me vi sorprendido por una pregunta que no comprendí, pero que parecía dirigida a mí, formulada por una voz suave y dulce que me resultó muy agradable. Me volví al punto y, a la altura del codo, vi a una linda jovencita que me preguntaba por cierta calle, la cual se hallaba situada a una distancia considerable y en otro barrio de la ciudad.

–Queda muy lejos de aquí, preciosa –contesté.

–Ya lo sé, señor –replicó ella con timidez–. Seguro que queda muy lejos, pues salí al anoecer.

–¿Sola? –inquirí con cierto aire de sorpresa.

–Ah, sí, pero eso no me importa. Ahora estoy un poco asustada porque me he perdido.

–¿Y qué te ha hecho acercarte a mí? Supón que te engaño, ¿eh?

–Estoy segura de que usted no me engañará –manifestó la pequeña–; es usted un señor mayor que anda tan despacio...

No podría describir la impresión que me causaron estas palabras ni la energía con que fueron pronunciadas... hasta el punto de que brotó una lágrima en los claros ojos de la criatura, haciendo que su figura menuda temblara al levantar la vista para mirarme.

–Ven –le dije–, te llevaré hasta tu casa.

Me dio la mano con la confianza de quien te conoce desde la cuna, y así fuimos caminando. Acomodaba sus andares a los míos y parecía ser ella quien abría el paso y cuidaba de mí, y no yo quien la protegía. Observé que, de cuando en cuando, me lanzaba una mirada curiosa, furtiva, como para asegurarse de que no la estaba engañando, y

que estas miradas (particularmente intensas y penetrantes) parecían aumentar su confianza.

Mi curiosidad e interés no eran de menor calibre que los suyos. Era ciertamente una niña, aunque, por lo que pude apreciar, su constitución pequeña y delicada prestaba probablemente a su aspecto un curioso aire juvenil. Vestía con gran sencillez, pero su ropa estaba perfectamente limpia y no denotaba pobreza ni desaliño.

—¿Quién te ha mandado sola tan lejos? —inquirí.

—Alguien que me tiene mucho cariño, señor.

—¿Y qué has estado haciendo?

—Eso no se lo puedo decir —declaró con firmeza.

Había algo en esa respuesta que me hizo mirarla con sorpresa, pues me maravillaba que aquel recado la fortaleciera ante cualquier posible interrogatorio. Sus ojos vivos parecieron leer mis pensamientos, ya que al cruzarse con los míos añadió que no había nada malo en lo que había estado haciendo, pero que era un gran secreto que ni ella misma conocía.

Esto lo dijo sin el menor asomo de astucia ni engaño, con una franqueza directa que llevaba el marchamo de la verdad. Seguía caminando como antes, mostrándome mayor familiaridad conforme avanzábamos y hablando cada vez más alegremente. Pero no me dijo nada sobre su hogar, salvo que íbamos por un camino completamente nuevo para ella y quería saber si no habría otro más corto.

Mientras hablábamos de esta manera, pensé en cien explicaciones diferentes del enigma, que fui descartando una a una. No quería aprovecharme de la candidez o gratitud de la niña a fin de dar pábulo a mi curiosidad. Yo siento simpatía por los pequeños y considero una bendición cuando ellos, que parecen recién salidos de la mano de Dios, nos devuelven esa simpatía. Como su confianza me había encantado desde el principio, decidí merecerla y hacer justicia al talante que la había inducido a confiar en mí.

Sin embargo, no había motivos para que yo me abstuviera de conocer a la persona que tan inconsideradamente la había mandado sola, y de noche, a un lugar tan distante; y como no era improbable que si la niña se encontraba cerca de la casa pudiera despedirse de mí y privarme de dicha oportunidad, evité las calles más rectas y frecuentadas y tomé varios atajos, de manera que hasta que no llegamos a su calle no supo dónde estábamos. Dando palmas de alegría y adelantándose unos pasos, se detuvo ante una puerta y no tocó el timbre hasta que yo no la hube alcanzado.

La puerta tenía un cristal sin postigo, cosa que no observé al principio, dado que reinaba una gran oscuridad y silencio en su interior y yo esperaba ansioso (al igual que la niña) que alguien respondiera al timbre. Llamamos dos o tres veces más, y se oyó un ruido de alguien que se acercaba. Al final, apareció una débil luz a través del cristal que, a medida que se aproximaba (muy despacio, por cierto, pues el portador se abría paso a través de un montón de artículos esparcidos), me permitió ver no sólo el tipo de persona que era, sino también el tipo de lugar en el que vivía.

Era un anciano de larga cabellera gris. Mientras sostenía la luz sobre la cabeza y miraba avanzando hasta nosotros, pude distinguir su fisonomía. Aunque desmejorado por la edad, creí reconocer en su forma enjuta y delgada algo de ese molde delicado que ya había notado en la niña. Sus relucientes ojos azules se parecían mucho, pero el rostro del anciano estaba tan surcado por la edad y las preocupaciones que el parecido terminaba allí.

El lugar que atravesaba con paso lento era uno de esos almacenes de objetos antiguos y curiosos que parecen cobijarse en los rincones más viejos de esta ciudad y, por recelo y desconfianza, ocultan sus rancios tesoros al ojo público. Por aquí y por allá había armaduras que parecían fantasmas acorazados, fantásticos grabados de monasterios, armas oxidadas de varios tipos, figuras contorsionadas

de porcelana, madera, hierro y marfil; en fin, tapices y muebles extraños que parecían concebidos en sueños. El aspecto demacrado del vejete se adecuaba maravillosamente a aquel lugar: habría andado a tientas por viejas iglesias, tumbas y casas abandonadas y reunido todos los despojos con sus propias manos. No había nada en aquella colección que no concordara perfectamente con su persona, nada que pareciera más viejo o más gastado que él.

Mientras giraba la llave en la cerradura, me miró con asombro, que no disminuyó cuando la mirada pasó de mi persona a la de mi acompañante. La puerta se abrió y la niña se dirigió a él llamándolo abuelo y le contó la pequeña historia de nuestro encuentro.

–¡Ah, bendita seas, mi niña! –exclamó el vejete acariciándole la cabeza–. ¡Cómo has podido extraviarte! ¿Y si te hubieras perdido, Nell?

–Habría encontrado la manera de volver a usted, abuelo –contestó la niña con desenvoltura.

Él la besó y, tras volverse hacia mí y pedirme que entrara, lo seguí. Cerró la puerta y echó el cerrojo. Precediéndome con la luz, me condujo por el lugar que ya había entrevisto desde fuera hasta un pequeño salón, en el que una puerta daba a una especie de gabinete, donde vi una pequeña cama en la que podría haber dormido un hada madrina (tan primorosamente arreglada estaba). La niña tomó una vela y desapareció prestamente en ese cuartillo, dejándonos solos al anciano y a mí.

–Debe de estar cansado, caballero –articuló mientras colocaba una silla junto al fuego–. ¿Cómo puedo agradecerse-lo?

–Teniendo más cuidado de su nieta la próxima vez, mi querido amigo –repliqué.

–¡Más cuidado! –protestó el anciano con voz estridente–. ¡Más cuidado de Nelly! ¡Como si hubiese alguien en el mundo que quisiera a una niña más de lo que yo quiero a Nelly!

Esto lo dijo con un aire de asombro tan grande que no supe qué contestar; además de cierta debilidad e incongruencia en sus modales, había en su rostro signos de un pensamiento profundo y angustiado que me convencieron de que, al contrario de lo que inicialmente me inclinaba a suponer, no podía estar ni chocheando ni diciendo bobadas.

–Creo que no denota suficiente preocupación... –empecé.

–¡Que no me preocupo yo! –protestó de nuevo el anciano, interrumpiéndome–. ¡Que no me preocupo lo suficiente de ella! ¡Ay, qué descaminado anda usted! ¡Ah, mi pequeña Nelly, mi pequeña Nelly!

Sería imposible encontrar a alguien, independientemente de su forma de hablar, que expresara más afecto del que expresó el vendedor de antigüedades con aquella exclamación. Esperé a que volviera a hablar, pero él posó la barbilla sobre una mano y, moviendo la cabeza dos o tres veces, fijó los ojos en el fuego.

Mientras permanecíamos sentados en silencio, se abrió la puerta del gabinete y volvió la niña, con el pelo castaño claro cayéndole sobre el cuello y por la cara, arbolada por la prisa que tenía por unirse a nosotros. Se puso inmediatamente a preparar una cena y, mientras se ocupaba de ello, noté que el anciano aprovechaba para observarme más detenidamente. Me sorprendió constatar que todo lo hacía ella, y que no parecía haber más personas que nosotros tres en la casa. Aproveché un momento en que la niña se ausentó para aludir a este particular, a lo que el hombre contestó que pocas personas adultas eran más hacendosas y fiables que ella.

–Casi me produce dolor... –empecé, movido por lo que tomé por egoísmo–. Siempre me da pena contemplar la iniciación de los niños en las tareas de la vida cuando apenas han salido de la primera infancia; sofoca su confianza y

sencillez, dos de las mejores cualidades que el cielo les concede, y les exige compartir nuestras zozobras antes de poder disfrutar de nuestros placeres.

–Yo nunca sofoco nada en ella –rebatí el anciano mirándome fijamente–. Sus manantiales son demasiado profundos. Además, los hijos de los pobres conocen muy pocos placeres; hasta los menores disfrutes de la infancia tienen que comprarlos y pagarlos.

–Perdóneme que le diga, pero no parece que sea usted muy pobre –puntualicé.

–No es mi hija, caballero –precisó el anciano–. Su madre sí era pobre. Yo no ahorro nada, ni un penique, aunque viva como ve usted. Pero –agregó en voz baja poniendo la mano en mi brazo e inclinándose hacia delante– ella será rica uno de estos días, y será toda una dama. No piense mal de mí porque me sirva de su ayuda. Me la otorga de buen grado, como puede ver, y le rompería el corazón si viera que le pido a otra persona que haga para mí lo que sus manitas pueden hacer. ¡Que no me preocupo lo suficiente! –exclamó de nuevo con un tono repentinamente quejumbroso–. Ay, Dios sabe que esa niña que está ahí es lo único en lo que pienso en esta vida y, sin embargo, Él nunca me hace prosperar. No. ¡Nunca!

En este punto volvió la persona de la que hablábamos. El anciano me invitó a acercarme a la mesa, interrumpió la conversación y no dijo nada más.

Apenas habíamos comenzado la cena cuando alguien llamó a la puerta por la que yo había entrado, y Nell, estallando en una risotada –que yo me alegré de oír, pues era infantil y entrañable–, afirmó estar segura de que era Kit, que por fin volvía.

–¡Qué locuela esta Nell! –exclamó el anciano, acariciándole el pelo–. Siempre riéndose del pobre Kit.

La niña volvió a reír con más ganas y yo no pude contener una sonrisa de pura simpatía. El vejete cogió una vela y fue a abrir. Al volver, Kit lo seguía de cerca.

Kit era un zagal desgreñado y desglichado, con una boca inhabitualmente grande, carrillos muy rojos, nariz respingona y, ciertamente, la expresión más cómica que yo había visto en mi vida. Se detuvo de repente junto a la puerta al notar la presencia de un desconocido, retorciendo en la mano un viejo sombrero, totalmente redondo y sin el menor vestigio de ala, y descansando sobre una pierna y luego sobre la otra de manera alternativa. Así permaneció un rato, mirando el salón con la expresión más estrambótica que imaginarse pueda. Abrigué un sentimiento de agradecimiento hacia el chico desde el primer momento, ya que sentí que constituía el lado cómico en la vida de la niña.

–Un trayecto muy largo, ¿eh, Kit? –expresó el vejete.

–Sí que estaba lejos, amo –convino Kit.

–Supongo que vienes hambriento.

–Y que lo diga, amo –fue la respuesta.

El mozalbete tenía la curiosa costumbre de hablar de lado, con la cabeza inclinada hacia un hombro, como si no pudiera hacerse oír sin este gesto concomitante. Creo que a cualquiera le habría parecido divertido en cualquier lugar. Pero resultaba conmovedor ver cuánto divertía a la niña su rareza, y era un consuelo pensar que esta lo asociaba con la diversión en un lugar tan poco adecuado para una niña. Pero lo mejor era que el propio Kit se sentía halagado por la impresión que producía; así, tras varios esfuerzos por mantenerse serio, soltó una gran risotada y estuvo un buen rato con la boca abierta de par en par y los ojos casi cerrados, riendo sin parar.

El anciano, que había vuelto a su anterior abstracción, no reparaba en lo que estaba pasando; pero yo noté que, cuando la niña terminó de reír, sus ojos brillantes se velaron con unas lágrimas, provocadas sin duda por su cordial acogida a tan zafio favorito, así como por la pequeña angustia de aquella noche. En cuanto al propio Kit (cuya risa era de esas que se pueden confundir fácilmente con el llanto), se llevó a un

rincón sendos trozos hermosos de pan y carne y una jarra de cerveza, de todo lo cual empezó a dar buena cuenta con gran voracidad.

–¡Ay! –suspiró el anciano, volviéndose hacia mí como si yo lo hubiera interpelado–, no sabe lo que dice cuando me acusa de no preocuparme lo suficiente de ella.

–No debe dar demasiada importancia a una observación basada en las primeras impresiones, amigo mío –maticé.

–No –replicó el anciano, pensativo–. No. Ven aquí, Nell.

La pequeña dejó su silla al punto y le echó los brazos al cuello.

–¿Te quiero yo, Nell? –le preguntó–. Dime si te quiero o no, Nell.

La niña contestó con unas caricias al abuelo y posó la cabeza sobre su pecho.

–¿Por qué estás sollozando? –le preguntó, apretándola fuertemente mientras me miraba–. Es porque sabes que te quiero y no te gusta que parezca dudar con estas preguntas, ¿verdad? Vale, vale. Diremos, entonces, que te quiero mucho, mucho.

–Sí, sí, claro que sí –asintió la niña con gran seriedad–. Y Kit lo sabe también.

Kit, que con cada bocado de pan y de carne se tragaba dos tercios del cuchillo con la sangre fría de un faquir, dejó de comer al sentirse interpelado y berreó:

–Sólo alguien muy tonto podría decir que no –pero no pudo seguir hablando porque en ese momento se metió un prodigioso sándwich en la boca.

–Nell es pobre ahora –prosiguió el anciano, acariciando la mejilla de la niña–, pero insisto en que se acerca el momento en que será rica. Hace tiempo que debería haber llegado, pero llegará al fin. Ya hace mucho, mucho tiempo..., pero llegará al fin. Les ha llegado a otros hombres que no

hacen más que malgastar el dinero y andar de juerga.
¡Cuándo me llegará a mí!

–Yo soy muy feliz como estoy, abuelo –precisó la pequeña.

–Quia, quia –replicó el anciano–. Tú no sabes, ¡cómo vas a saberlo! –y masculló entre dientes–: Llegará el día. Estoy segurísimo de que llegará. Quien ríe el último, ríe mejor –suspiró y cayó en su anterior estado de ensoñación. Sosteniendo aún a la niña sobre las rodillas, parecía insensible a cuanto le rodeaba. Como sólo faltaban unos minutos para la medianoche, me levanté para irme y él salió de su ensimismamiento.

–Un momento, caballero –articuló–. ¡Kit, ya es casi medianoche y tú todavía aquí! Vete a casa, vete a casa y vuelve puntual mañana por la mañana, pues hay trabajo que hacer. ¡Buenas noches! Vamos, Nell, dale las buenas noches y que se vaya.

–Buenas noches, Kit –profirió la pequeña con los ojos relucientes de alegría y amabilidad.

–Buenas noches, señorita Nell –respondió el chico.

–Y da las gracias a este caballero –intervino el anciano–. De no haber sido por él, podría haber perdido esta noche a mi niña.

–¡No, eso no, amo! –protestó Kit–. Eso no pasará, no.

–¿Qué quieres decir? –preguntó el anciano elevando el tono.

–Yo la habría encontrado, amo –declaró Kit–. Yo la habría encontrado. Le apuesto a que la encontraba aunque se la tragara la tierra, la encontraba antes que nadie, amo. ¡Ja, ja, ja!

Con la boca abierta, los ojos cerrados y risas estentóreas, Kit fue retrocediendo hasta la puerta sin dejar de berrear.

Fuera ya de la habitación, el chico no tardó en desaparecer. Mientras la niña se ocupaba de limpiar la mesa, el anciano declaró:

–Le puede parecer, caballero, que no le he agradecido lo que ha hecho esta noche, pero se lo agradezco humildemente y de todo corazón, y ella también, y sus gracias son mejores que las mías. Lamentaría que se marchara pensando que soy poco agradecido con usted o que no me preocupo lo suficiente de ella. Pero no es así en absoluto.

Estaba seguro de ello (le hice saber) por lo que había podido ver.

–Pero –añadí– ¿puedo hacerle una pregunta?

–Por supuesto –contestó el anciano–. Dígame de qué se trata.

–Esta niña delicada, con tanta belleza e inteligencia..., ¿no tiene a nadie más que a usted que la cuide? ¿No tiene otra compañía, otra guía?

–No –proclamó, mirándome con ansiedad–. No, ni ella desea tener a nadie más.

–Pero ¿no teme no llegar a satisfacer las necesidades de una encomienda tan tierna? –insistí–. Estoy seguro de que usted tiene las mejores intenciones del mundo; pero ¿está completamente seguro de poder llevar a cabo semejante empeño? Yo soy viejo, igual que usted, y me mueve la preocupación de un anciano por todo lo que es joven y prometedor. ¿Cree que lo que he visto de usted y de esta criatura esta noche puede dejarme una impresión totalmente exenta de inquietud?

–Caballero –replicó el anciano tras un momento de silencio–, no tengo derecho a sentirme herido por lo que me dice. Es cierto que, en muchos aspectos, yo soy el niño y ella la adulta, como usted ha podido ver. Pero, andando o durmiendo, de noche o de día, en la enfermedad o en la salud, ella es el único objeto de mis cuidados, y si usted supiera hasta qué punto es esto cierto me miraría con otros ojos, estoy seguro. ¡Ay! ¡Qué vida más cansada para un anciano, qué cansada de verdad! Pero hay una gran meta que conseguir y eso es lo que me propongo ahora.

Al ver su estado de excitación e impaciencia, di media vuelta para ponerme el abrigo que me había quitado al entrar en la habitación, resuelto a no decirle nada más. Me sorprendió ver a la niña esperando pacientemente con un gabán en un brazo, y en la mano un sombrero y un bastón.

–No son míos, cariño –le hice saber.

–No –asintió la niña–. Son de mi abuelo.

–Pero él no va a salir esta noche.

–Ah, sí, sí va a salir –me contradijo la niña con una sonrisa.

–¿Y qué va a ser de ti entonces, bonita?

–¿Que qué va a ser de mí? Yo me quedo aquí, naturalmente. Como hago siempre.

Miré con asombro al anciano; pero él estaba –o simuló estar– ocupado arreglándose la ropa. Desvié la mirada para posarla de nuevo en la graciosa figura de la niña. ¡Sola! En aquel lugar sombrío toda una noche larga, triste...

No pareció darse cuenta de mi estupefacción, sino que alegremente ayudó al anciano a ponerse el gabán y, una vez hecho esto, cogió una vela para iluminarnos el camino. Al ver que nos quedábamos algo rezagados, volvió la cabeza y nos esperó sonriendo. El anciano manifestó con su mirada que entendía perfectamente la causa de mi vacilación; pero se limitó a hacerme señas con una inclinación de la cabeza para que saliera de la habitación antes que él, sin decir ninguna palabra. No me quedó más que obedecer.

Al llegar a la puerta, la niña dejó la vela, se volvió para dar las buenas noches y alzó la cara para besarme. Luego corrió hacia el anciano, que la rodeó con los brazos y le deseó todas las bendiciones del cielo.

–Que duermas bien, Nell –le deseó en voz baja–, ¡y que los ángeles guarden tu cama! No te olvides de decir tus oraciones, niña mía.

–No, cómo me voy a olvidar –contestó la niña con ardor–. Me hacen sentirme muy feliz.

–Ya. Ya lo sé. Claro que sí –corroboró el anciano–. ¡Que Dios te bendiga cien veces! Volveré a casa por la mañana temprano.

–No necesitaré llamar dos veces, abuelo –le recordó la niña–. El timbre me despierta siempre aunque esté muy dormida.

Dicho lo cual, se separaron. La niña abrió la puerta (ahora protegida por un postigo que yo había oído al chico colocar antes de marcharse) y, con otro adiós cuya nota clara y tierna he recordado mil veces, la mantuvo entreabierta hasta que salimos. El anciano hizo una pausa mientras la puerta se cerraba suavemente primero y con cerrojo después y, satisfecho con esto, empezó a caminar a paso lento. Se detuvo en la esquina y, mirándome con aire preocupado, me hizo saber que nuestros caminos divergían y que tenía que despedirse de mí. Yo iba a decir algo, pero él, con mayor presteza de la que podría haberse esperado en un hombre de su edad, se alejó a paso ligero. Pude apreciar que volvía la vista dos o tres veces para ver si yo seguía mirándolo, o quizá para asegurarse de que no iba a seguirlo. La oscuridad de la noche favoreció su desaparición, y su silueta se hurtó pronto de mi vista.

Me quedé plantado donde él me había dejado, reacio a irme aunque sin saber por qué debía quedarme. Miré con un tinte de melancolía la calle de la que acabábamos de salir, y unos momentos después volví a ella. Pasé una y otra vez por delante de la casa y me detuve a escuchar en la puerta. Todo estaba oscuro y más silencioso que una tumba.

Seguí con mi ir y venir, sin poder arrancarme de aquel lugar, pensando en todo el daño posible que podría acontecerle a la niña –un incendio, un robo o incluso un asesinato–, con la sensación de que podría producirse alguna desgracia si yo volvía la espalda a la casa. El ruido producido por una puerta o ventana al cerrarse me llevó ante la casa

del anticuario una vez más. Cruzé la calle y eché un vistazo a la casa para asegurarme de que el ruido no provenía de allí. No, todo estaba negro, frío, inerte, igual que antes.

Salvo algunos transeúntes ocasionales, la calle estaba triste y lúgubre, casi toda a mi disposición. Unos cuantos rezagados de los teatros se dirigían deprisa a casa, y de vez en cuando tenía que echarme a un lado para no toparme con algún borrachín haciendo eses. Pero estas interrupciones no fueron frecuentes y pronto cesaron. Los relojes dieron la una. Yo seguía pasando una y otra vez por delante de la casa, prometiéndome que esa sería la última, pero siempre faltando a mi promesa con algún pretexto.

Cuanto más pensaba en lo que había dicho el anciano, en sus miradas, en su conducta, menos podía explicarme lo que había visto y oído. Me daba la espina de que su ausencia nocturna no podía tener una finalidad buena. Yo había conocido la situación a través de la inocencia de la niña, y aunque el anciano había estado presente en aquel momento y visto mi sorpresa no disimulada, había mantenido un extraño misterio sobre el asunto sin conato alguno de explicación. Estas reflexiones, naturalmente, me recordaron de nuevo con más fuerza su cara demacrada, su manera de andar, su mirada inquieta y nerviosa. Su afecto por la niña podría no ser incompatible con la bellaquería del peor género; incluso ese mismo afecto era una contradicción extraordinaria. Si no, ¿cómo podría dejarla así? Dispuesto como estaba a pensar mal de él, no dudaba empero ni un momento de la verdad de su amor por ella. No podía admitir siquiera la duda al recordar lo sucedido entre nosotros y el tono de voz con que la había llamado por su nombre.

«Yo me quedo aquí, naturalmente –había contestado la niña en respuesta a mi pregunta–. Como hago siempre». ¿Qué podía obligar a su abuelo abandonar el hogar de noche, y todas las noches? Evoqué todos los extraños relatos que había oído sobre fechorías oscuras y secretas cometidas

en grandes ciudades por delincuentes que habían conseguido esquivar cualquier investigación durante años y años. Eran historias bárbaras, y no conseguí encontrar una que se adaptara a aquel misterio, que se volvía más impenetrable cuanto más intentaba desentrañarlo.

Enfrascado en tales pensamientos, y en muchos otros que convergían en el mismo punto, seguí paseando de un lado a otro de la calle durante dos largas horas. Al final, la lluvia empezó a caer pesadamente. Abrumado por el cansancio, aunque no menos preocupado que al principio, paré el primer coche de punto que pasó y me fui a casa. Un fuego chisporroteaba alegremente en la chimenea, la lámpara ardía vivamente y el reloj me recibió con su vieja y familiar musiquilla. Todo estaba silencioso y era cálido, acogedor, en nítido contraste con la lobreguez y oscuridad de la otra casa.

Estamos tan acostumbrados a sacar de los objetos nuestras impresiones (estas deberían producirse por la mera reflexión, pero sin ayuda externa a menudo se nos escapan), que no estoy seguro de que hubiera estado tan plenamente poseído por aquel asunto de no haber sido por los montones de cosas fantásticas que había visto apiñadas en el almacén de antigüedades. Estas cosas, apiladas también en mi pensamiento con relación a la niña y reunidas en torno a ella, me la hacían presente y palpable. Yo tenía su imagen, sin ningún esfuerzo de la imaginación, rodeada y acuciada por cuanto era extraño a su naturaleza y opuesto a las simpatías de su sexo y edad. Si hubieran faltado estas ayudas a la imaginación, y me hubiera visto obligado a imaginarla en una habitación corriente, sin nada inusual ni estrambótico, es muy probable que me hubiera impresionado menos su condición solitaria y abandonada. Pero, en aquel estado de cosas, ella parecía existir en una especie de alegoría; y, con aquellas figuras que la rodeaban, había suscitado mi interés tan vivamente que, como ya he observado, no

podía apartarla de mi pensamiento, por mucho que lo intentara.

«Sería una curiosa especulación –me dije tras estar un buen rato recorriendo la estancia de un extremo a otro– imaginarla en su vida futura siguiendo un camino solitario en medio de una multitud de compañeros grotescos; ella, único objeto puro, fresco, juvenil, en medio de semejante tropel. Sería curioso buscar...».

Me detuve allí, pues el tema me estaba llevando muy lejos y ya veía ante mí una vasta región en la que no estaba dispuesto a entrar. Convencido de que se trataba de una cavilación ociosa, decidí irme a la cama e intentar olvidarlo todo.

Pero, ya entrado en sueños, toda la noche me asaltaron los mismos pensamientos, y las mismas imágenes tomaron posesión de mi cerebro. Una y otra vez tenía delante de mí las estancias oscuras y tenebrosas; las adustas armaduras con su fantasmal y mudo aspecto; las caras retorcidas, que reían desde la madera o la piedra; el polvo, el orín y el gusano que vive en la madera, y... sola, en medio de tanto mueble viejo, de tanta fea vetustez, la hermosa joven durmiendo apaciblemente, sonriendo en medio de sueños ligeros y radiantes.

Capítulo 2

Tras casi una semana dándole vueltas, me decidí por fin a visitar de nuevo el lugar descrito en el capítulo anterior y, como quería hacerlo a la luz del día, elegí para ello la mañana.

Pasé por delante de la casa y di varias vueltas por la calle, presa de esa vacilación de quien sabe que la visita es inesperada y puede no resultar del todo grata. Sin embargo, como la puerta estaba cerrada y no parecía probable que me reconocieran desde dentro si seguía paseando de aquel modo, no tardé en superar mi irresolución y presentarme en la tienda de antigüedades.

El anciano se hallaba en la parte posterior departiendo con otra persona. Parecían enzarzados en una discusión, dado que sus voces, elevadas hasta un diapasón muy alto, se pararon de repente al verme entrar. El anciano avanzó rápidamente hacia mí y me dijo en tono trémulo que se alegraba de verme de nuevo.

—Nos ha interrumpido en un momento crítico —manifestó señalando al hombre en cuya compañía se hallaba—. Este individuo me va a asesinar uno de estos días. Lo habría hecho ya hace tiempo si se hubiera atrevido.

—¡Bah! Usted sí que me entregaría a la justicia aunque tuviera que jurar en falso —replicó el otro, después de lanzarme una mirada ceñuda—. Todos lo sabemos.

—Pues yo creo que no me desagradaría —convino el anciano, volviéndose con un ademán desabrido—. Si algún juramento, plegaria o palabra pudiera librarme de ti, claro que lo haría. Qué gran alivio si te murieras.

–Ya lo sé –admitió el otro–. Es lo que había dicho yo, ¿no? Pero ni juramentos ni plegarias ni palabras me van a matar, y aquí estoy, bien vivo, y pienso seguir estándolo.

–¡Y, sin embargo, su madre está muerta! –exclamó el anciano, juntando las manos y mirando al techo–. He aquí la justicia del cielo.

El otro había puesto un pie encima de una silla y estaba mirándolo con ademán despectivo. Era un joven de unos veinte años, bien proporcionado y bastante apuesto, salvo que la expresión de su cara distaba mucho de ser atractiva, pues tenía en común con sus modales, e incluso con su vestimenta, un aire disipado e insolente que repelía a cualquiera.

–Sea justo o no –replicó el joven–, aquí estoy y de aquí no me moveré hasta que yo juzgue oportuno irme, a no ser que pida ayuda para sacarme de aquí, cosa que no se le ocurrirá hacer, lo sé bien. Insisto en que quiero ver a mi hermana.

–¡Tu hermana! –exclamó el anciano con amargura.

–¡Sí, señor, mi hermana! Usted no puede cambiar el parentesco –precisó el otro–. Si pudiera, seguro que ya lo habría hecho hace mucho tiempo. Quiero ver a mi hermana, a la que usted mantiene encerrada aquí, envenenándole la mente con sus taimados secretos y fingiendo afecto por ella a fin de matarla a trabajar y así añadir unos chelines arañados cada semana al montón de dinero que apenas si puede contar. Quiero verla, y la veré.

–¡He aquí un moralista que habla de mentes envenenadas, un espíritu generoso que desprecia chelines arañados! –exclamó el anciano apartando de él los ojos para mirarme a mí–. Un manirroto, señor, que ha perdido todo derecho no sólo de quienes tienen la desgracia de ser de su sangre, sino también de la sociedad, que de él no conoce más que fechorías. Además de ser un mentiroso –añadió en voz baja acercándose a mí–, que sabe lo mucho que yo la quiero y